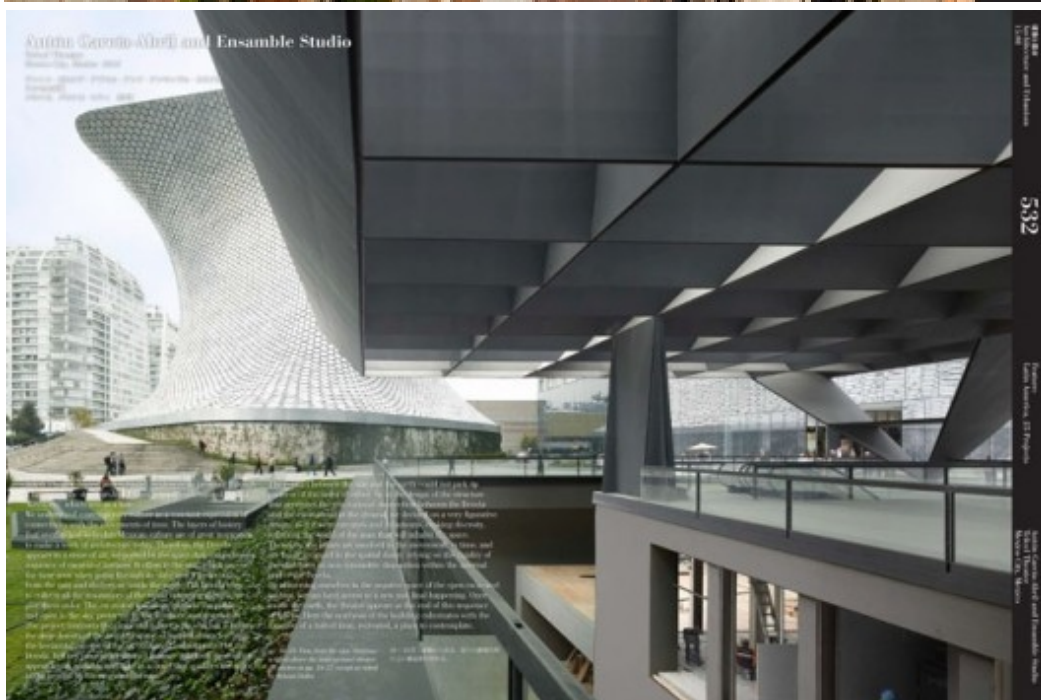




A+U 532: Latin America, 25 projects

January 2015 issue of a+u introduces 25 works built in Latin America in recent years. Working with the guest editor Jorge Francisco Liernur, Argentinian architect and architectural historian, we decided on three themes to organize this issue: “Metropolis”, “Society”, and “Landscape”.

Featured essays are: “21st Century Latin America: Presence of the Future and Debts from the Past” by Jorge Francisco Liernur, “The Metropolitan Demand” by Adrián Gorelik, “Social Concern” by Alejandro Gabriel Crispiani, and “Postcards of Latin America: Landscapes and Architecture” by Graciela Silvestri.



Postcards of Latin America: landscapes and architecture

Graciela Silvestri (Spanish version)

Aunque no podemos hablar de un paisaje latinoamericano, por sus contrastantes configuraciones geográficas y la diversidad histórica de experiencias de habitación, resulta notable que estas múltiples formas hayan decantado en un puñado de imágenes prototípicas, que parecen condensar cierto carácter, ciertos valores simbólicos, cierto destino para esta parte del continente. A estas imágenes ha respondido la arquitectura. Algunas resultan tan obvias como seductoras, ancladas en la larga tradición de crónicas viajeras. Por ejemplo: las playas de arena blanca y mar azul del Caribe y las costas brasileñas, que bien lee la hermosa casa en Ubatuba, posada como un pájaro extraño en la empinada ladera, abundante de palmeras. En contraste, las cumbres andinas son recordadas en asociación con las sofisticadas culturas precolombinas, cuya arquitectura masiva ha sugerido desde los modernismos indigenistas las formas de trazar puentes con la “América profunda”. Tal es la interpretación de Luis Longhi en la casa Pachacamac, enterrada en el cerro, mimetizada con el uso de la piedra en los tonos pardos del paisaje.

Más reciente, en cambio, es la tercera imagen reconocible, la de la “selva virgen”, no disturbada por el paso de la civilización –aún la habitan comunidades no contactadas-, reserva estricta en grandes extensiones. Su difusión global responde al auge del discurso ecologista en las últimas décadas, y aunque sabemos que la selva está lejos de ser virgen –su potencial biótico deviene de un trabajo milenario de la tierra-, la potencia de esta imagen rousseauiana ha teñido los últimos debates, promoviendo conflictos políticos que están lejos de ser resueltos. No es para menos, ya que las posturas socio-ambientales se enfrentan con la voluntad neodesarrollista de muchos gobiernos, que necesitan consolidar la infraestructura de energía y transporte, comprometiendo vastas áreas intangibles.

En este marco de disputas ambientales, la introducción de otro elemento ha cambiado las imágenes típicas: el agua. Aunque la presencia de los grandes ríos y sus afluentes –el Paraná, el Amazonas, y el Orinoco- convierte a América del Sur en el mayor reservorio de agua potable del mundo, pocas veces el motivo acuático fue abordado en clave estética o arquitectónica –tal vez porque, como decía Reclus, la inmensidad de estos ríos nos sumerge en el estupor. Pero sería más preciso decir que estos ríos indomables, factores de vida, son también mezcla caótica y amenaza de lenta e inexorable destrucción. La historia, que los tiene como protagonistas, alude al viaje permanente de los pueblos originarios, a la incursión de los conquistadores por estas vías, a los desastres del supuesto progreso, a la ocupación de los litorales más accesibles por la masiva inmigración europea. El corazón verde del subcontinente se mide así con las inmensas metrópolis que se derraman cercanas al mar. ¿Como puede enfrentar la arquitectura, con su destino de permanencia y estabilidad, el cambio perpetuo que supone esta condición líquida?

Las ciudades, donde los ríos parecen domesticados, fueron las primeras en utilizar el motivo fluvial para cualificar los “proyectos urbanos” en que los arquitectos se comprometieron desde la década de 1980. Ya existían diferentes tradiciones de enlace entre arquitectura y paisaje, nada ajenas a las maneras contrastantes en que “el agua” es abordada. En Brasil, donde la dimensión geográfica fue insumo de la arquitectura moderna, un proyecto como el de Paulo Mendes da Rocha de aprovechamiento del río Tieté (afluente del Paraná que cruza Sao Paulo), combina cuestiones productivas y paisajísticas, ofreciendo un modelo de intervención no realizado, pero perpetuado en

trabajos recientes. Por el contrario, la arquitectura moderna de las ciudades argentinas le otorgó escasa importancia al manejo estético del ámbito natural. Fue más bien la persistencia de la clásica imagen lecorbusierana la que regresó para establecer el inmenso río como abstracto horizonte de contemplación. Otros ríos canalizados fueron aprovechados para una más efectiva reestructuración de la ciudad: es el caso del parque lineal que acompaña al río Mapocho, en Santiago de Chile, cuyo momento más destacado se encuentra en el proyecto de Teodoro Fernández para el tramo de Vitacurá (2006-2011). Se destaca el episodio de los jardines de agua, uno de los tantos motivos del parque que se extienden más allá del sentido visual, a cuyo realce contribuyó la construcción del Mestizo Restaurant de Smiljan Radic.

Otro tema vinculado con los ríos urbanos ha preocupado a arquitectos y urbanistas: su alto grado de polución. Ella no deriva sólo de la industria; en las extensiones pampeanas en particular, se relaciona con los asentamientos en los valles de inundación que últimamente se multiplicaron: tanto villas precarias como elegantes barrios cerrados o “country” –éstos buscando el motivo acuático para ofrecer un perfecto idilio verde. Ciertamente, en los country es posible encontrar ejemplos innovadores de arquitectura –vg. el club house de Adamo y Faiden, con su sencillo revoque de vidrio partido que multiplica la luz del estanque-; incluso experiencias de construcciones “sustentables”. Pero subyace la pregunta acerca del lugar que el arquitecto posee en los desafíos socio-ambientales. En este sentido, la seducción del agua, móvil e informe, va más allá de las metáforas que caracterizaron los proyectos “líquidos” de fines de siglo, ya que se trata de afrontar también materialmente la perpetuidad del cambio.

Una de las respuestas posibles vuelve a la cantera de lo “primitivo”. En efecto, la intimidad con el agua de los pueblos americanos nativos reúne a las más diversas etnias, desde Florida hasta Ushuaia. El caso de México DF, edificada sobre la antigua Tenochtitlán, drenando durante siglos un territorio acuático con desastrosas consecuencias ecológicas, es recurrentemente abordado en ambiciosos proyectos de recuperación del sistema original: tal el caso del “urbanismo lacustre” propuesto por González de León.

Otros pueblos convivieron y conviven con ríos y humedales sin desplegar el dominio técnico de los mexicas, pero desarrollando tipologías sobre pilotes, con pisos flotantes, tejidas en materiales efímeros –caña, quincha, totora-, que hoy son retomadas en muchos proyectos experimentales -casan bien con la inspiración semperiana reintroducida por Kenneth Frampton quince años atrás. Pero lo efímero es tan difícil de aceptar en nuestro modo de vida como lo son las consecuencias (sanitarias, psicológicas) de vivir en y no sobre el agua.

Asociada al papel de los ríos, y de la navegación en general, en la economía del globo, emerge una imagen contrastante con la anterior, pero conectada en un aspecto sustancial: el movimiento. El recorrido seascape que, desde la pintura dutch, se recreó en la parafernalia técnica de los puertos, vuelve a apelar a la imaginación en momentos en que, después de décadas en que el barco parecía cosa del pasado, amplios espacios urbanos, territoriales y marítimos (si pensamos en las estaciones petroleras) se disponen como puntas del desarrollo. Uno de los elementos que definen el barco moderno, a la manera en que el casco de acero lo hizo a fines del XIX, se convirtió en referencia arquitectónica: el container. Diseñado en la década de 1950, hoy determina las dimensiones y módulos de los barcos de carga de ultramar, y también es habitual contemplar en los ríos trenes de containers arrastrados por chatas de empuje. Los entusiastas de la arquitectura “nómada” hallaron en el container una articulación posible entre las demandas sociales y la industria. Pocos hicieron caso en

sus propuestas, sin embargo, del tema paisajístico: la unidad nómada tendió a resolverse en si misma. Por ello destacamos el ejemplo de la casa oruga, de Sebastián Irrazábal, que propone una relación original entre estos elementos industriales y el paisaje de montaña que parecería recusarlos. No descansa en ninguna mimesis visual (“la montaña es demasiado fuerte para ser destacada”), ni en referencias hídricas: utiliza libremente el elemento standard para resolver una relación climática y topográfica; la extrañeza, reemplaza la integración perceptiva para comprender el paisaje. La elección por el movimiento nos conduce a una última cuestión: el tema del viaje, hoy asociado con el turismo. Muchos países latinoamericanos han hecho del turismo una de sus actividades económicas centrales, pero también éste ha servido desde temprano para identificar, hacia adentro y hacia el mundo, los caracteres de cada una de las diversas naciones en que Latinoamérica se fragmentó. En un poderoso abrazo, que reúne política y espacio, identificamos el destino de la “patria” con lugares comunes, espaciales y retóricos.

Algunos apenas se han alterado desde el siglo XIX. Un viaje por México, por ejemplo, reúne hoy, de manera sincrética, el panteón precolombino, los siglos de dominio católico que el “espíritu protestante” interpretó como alternativa. ¿No se trata de esto la difundida ruta del peregrino, especie de camino de Santiago, que con católica perspicacia articula los valores sacros de un itinerario, las promesas económicas del turismo y la “sustentabilidad ambiental”? Convocó así a un variado elenco de arquitectos internacionales, como el estudio suizo que construyó uno de los hitos de la ruta, situado en el punto en el que el camino cambia de dirección (y por eso circular, “panorámico”). Más interesante resulta estudiar la manera en que, a través del paisaje, otras naciones criollas sin el prestigio de México interpretaron desde el paisaje su “destino”. El caso de Chile es el más innovador en los años recientes: interesa especialmente porque el lugar que hoy posee en el concierto global se debe en gran medida a la calidad de sus arquitecturas y a la persistencia de sus comentaristas. Chile decidió definirse a través de los fiordos, islas, lagos y hielos eternos, indicando en esta vía el último paraíso intocado por el Hombre –la Antártida.

Chile ya contaba con una vieja tradición de lectura del paisaje que se perpetuó en la enseñanza: la heideggeriana escuela de Valparaíso. Desde esta base, Chile saltó a primer plano en la exposición del V Centenario de la Conquista (1992), en Sevilla, cuando José Cruz Ovalle y Germán del Sol construyeron el pabellón del país, al que se trasladó un iceberg. Un año después, Germán del Sol propuso un nuevo concepto hotelero (“campamentos de base” del viaje, y no “casa”) en la reserva de Torres del Paine, en el extremo sur, tan aislada que pocos pronosticaban su éxito. Hoy, la línea de hoteles Explora se extiende a San Pedro de Atacama (1998), a otros con su marca en la Isla de Pascua, y a las celebradas termas geométricas. El peso de los programas turísticos, impulsados por los gobiernos en lugares que poco antes carecían de infraestructura y de interés, mantuvo firme el aspecto estético que en otras intervenciones es enfocado sólo como problema técnico, adaptado a las normas globales sobre sustentabilidad.

Pero el paisaje nunca es un problema sólo técnico. Pocas veces la arquitectura ha podido, en esta complicada relación de equilibrio entre necesidad y belleza, acercarse a la poesía sugerida por la “casa chica” de Smiljan Radic. El agua no es condición de partida, sino de llegada: qué hacer con una pequeña casita en el bosque a la que las vueltas de la vida han cancelado su “necesidad”? Un aire melancólico rige la descripción de esta casa moderna rodeada de árboles: “la cosa tan intangible que es la memoria” subsiste a la inutilidad. Radic propone hacer de la “casa chica” un pozo de

agua. El arquitecto asocia proustianamente sus recuerdos: el pozo aparecería ligado con el agua “muy fría, oscura, que corre en el fondo de la quebrada”, y más lejanamente con un viaje por el Pacífico, con una profunda piscina en la cubierta del barco de carga que parecía conectarse las profundidades azules del Pacífico, y con la poesía de Huidobro. Como la poesía, la arquitectura no puede más ni menos que escribir la dimensión simbólica del espacio -es decir, el paisaje.